

en la India, ha sido, pues, ineficaz y contraproducente. El metal ha bajado más en relación con el oro; no se ha obtenido la fijeza de los cambios, y de día en día se agrava más la situación monetaria del mundo.

Probablemente el Gobierno Inglés tardará mucho en derogar la ley de 26 de Junio de 1893, pero tendrá que llegar á ese resultado inevitable, porque hoy puede decirse con justicia, que la India no tiene moneda y que ha vuelto al trueque primitivo en plena civilización.

CUARTA PARTE.

CAPITULO I.

LA SOLUCION DEL PROBLEMA MONETARIO.

El estudio que he hecho de los esfuerzos impendidos para hallar una solución satisfactoria al problema monetario, demuestra evidentemente que ninguna Nación por sí sola y por poderosa que sea, ejercerá influencia bastante para restablecer el imperio de los sanos principios que rigen la circulación monetaria, y que no son los países que han adoptado el oro como moneda los que han de tomar mayor empeño por hacer cesar los males que se desencadenan sobre el mundo comercial.

Sin embargo, esto no quiere decir que haya arreglo satisfactorio para dar término á la cuestión monetaria, y que sea de todo punto imposible aumentar el empleo de la plata, ó reintegrarla en las funciones de que ha sido privada y que tan bien ha desempeñado en el transcurso de los siglos.

Sobran las medidas de fácil adopción que podrían acrecentar el consumo de la plata ó hacer más estable su precio, y es bastante conocido el sistema en virtud del cual los dos metales preciosos podrían conservar una relación fija, acuñándose según las necesidades del comercio y de la industria; pero hay errores y preocupaciones que á las unas se oponen, y grandes intereses que combaten el otro.

Sin duda, hay un error que inficiona las teorías monetaria hoy en boga, y que ha hecho que, muy á menudo, se confundan las necesidades del comercio internacional de metales preciosos con las de la circulación interior de cada país, y los principios que gobiernan el uno, con las reglas á que la otra debe sujetarse.

A nombre de este error, se han preconizado las ideas que, al condenar la plata como metal monetario, la consideran de-

masiado pesada para intervenir en las transacciones comerciales, harto voluminosa para cubrir con ella los saldos que deja el tráfico internacional, y sólo apta, en suma, para desempeñar el papel de medio circulante en los países pobres, que están fuera de la civilización occidental. Las mismas preocupaciones han hecho sostener que el oro es el metal monetario por excelencia, que él tiene mayor fijeza de valor, que es menos voluminoso y ocasiona, en consecuencia, menores gastos de transporte, y que se presta, á maravilla, para ir de unos países á otros cubriendo los deficientes que el comercio pudiera dejar insolutos.

Hay mucho de cierto en estas nociones; pero ellas ponen en olvido que los metales preciosos son mercancías en el tráfico internacional y sólo son monedas en la circulación interior de cada país, y que si es conveniente y económico que en aquél intervenga preferentemente una mercancía que encierra un gran valor bajo un pequeño volumen, no hay razón para que esa conveniencia subsista cuando se trata de la circulación monetaria. Si fuera verdad lo que aseguran sus partidarios, tampoco sería el oro el mejor signo circulante, porque es más ligera y de más fácil transporte la moneda de papel, billetes de banco, certificados de depósito que reemplazan á la moneda en la circulación, y sin embargo, nunca se ha pretendido pagar con ellos las diferencias no compensadas por las letras de cambio, que son el resultado del comercio que las naciones sostienen entre sí. El oro es el metal más á propósito para el tráfico internacional; pero la plata es más conveniente para la circulación monetaria; con el oro casi nunca puede acuñarse en ningún país la unidad monetaria base de un sistema; la plata, no sólo se presta á esta función, sino que representa fácilmente los múltiplos de la unidad; el oro amonedado, con excepción de las grandes piezas, es de uso incómodo, se gasta muy pronto en la circulación y, en consecuencia, disminuye de valor; por el contrario la plata es incomparable para la fabricación aun de los submúltiplos de las unidades monetarias y su gasto es proporcionalmente insignificante.

Por eso los dos metales tienen su esfera de acción bien limitada, y circunscrito cada uno á la suya, jamás se ocasionarían mutuos perjuicios. El oro acuñado en grandes piezas serviría los intereses del comercio internacional, sería el apoyo y sostén del cambio extranjero, repartiéndose entre todas las Naciones; y la plata sería la verdadera moneda del comercio interior, y acuñada libremente circularía á la par con el oro, en la relación fijada por las leyes.

El día que este error desaparezca, el Proyecto Moritz-Levy, que fué presentado á la Conferencia Monetaria de 1881 y discutido en la de 1892, sería aceptado con beneplácito por todas las Naciones; él aumentaría el empleo monetario del metal plata, y sus saludables resultados inclinarían á favor de la desaparición de otras monedas de oro, con lo cual se completaría la reforma que habría de dar á cada metal la función propia que le corresponde.

Moritz-Levy proponía la demonetización de las piezas de oro inferiores á 20 francos y sus equivalentes, y además la supresión de los billetes de igual valor, que le hacen la concurrencia á la moneda de plata, á fin de que ésta fuera acuñada en lugar de aquéllos, ensanchando así su esfera de acción, harto limitada ya.

Las discusiones que acerca de esta proposición han tenido lugar, han acabado siempre por conquistar para ella el asentimiento teórico de los hombres de ciencia.

Sin embargo, la verdadera y radical solución del problema monetario descansa en la adopción del bimetalismo internacional, y á él deberá llegarse cuando los intereses de la producción y del comercio se sobrepongan á los de los banqueros; porque entonces con ese sistema, los dos metales por sí solos irán libremente á desempeñar sus funciones respectivas y ofrecerán al mundo el ideal de la moneda por la estabilidad relativa que su valor alcanzará.

La adopción del sistema bimetálico por parte de las grandes potencias comerciales, elevaría el nivel de los precios de la plata hasta la relación de valor que entre los dos metales se fijara, cualquiera que fuese; porque la libre acuñación es-

tablecería una demanda ilimitada, capaz por sí sola de absorber toda la producción.

Los precios del oro y de la plata se harían estables, ó adquirirían, cuando menos, una estabilidad relativa; porque la demanda creada por las casas de moneda de las Naciones bimetálicas á un precio fijo, ejercería en los mercados una influencia preponderante y evitaría que se apartasen mucho las oscilaciones del centro de atracción, que sería en este caso la relación de ambos metales entre sí.

La depresión que sufren el comercio y la industria llegaría á su término, en virtud del acrecentamiento de la masa del signo circulante; porque los precios se elevarían y al restablecerse el antiguo equilibrio perturbado, la producción se estimularía hasta continuar la marcha progresiva, paralizada desde 1873.

Las relaciones internacionales de los países que tienen el oro como moneda, con los que aún conservan la plata, se normalizarían; porque los cambios extranjeros fluctuarían tan sólo dentro de muy estrechos límites, marcados por la diversidad de unidades monetarias y por la masa de las mercancías compradas y vendidas, y porque habrían de cesar las causas artificiales que estimulan el aumento anormal de las exportaciones en unas naciones y la disminución, anormal también, de las exportaciones, en otras.

El bimetalismo, en fin, al corregir los desaciertos cometidos por las legislaciones monetarias de un gran número de naciones, destruirá los obstáculos que impiden alcanzar mayores progresos y hará renacer la prosperidad en medio de la ruina y de la miseria que hoy agobian al mundo comercial.

No obstante, ni la proposición Moritz-Levy, ni otra de índole semejante, y mucho menos el bimetalismo internacional, serán adoptados; porque á ello se han opuesto con tenaz resistencia la Inglaterra y la Alemania, y con ellas la Europa entera. La primera de dichas Naciones, por la voz de su representante, Sir Charles Freemantle, declaraba, con motivo de la proposición Moritz-Levy en la Conferencia de

1892: «Se me ha preguntado por qué he declarado en Comisión, que yo no podía recomendar al Gobierno Inglés que aceptase la proposición Moritz-Levy, sin alguna compensación, es decir, sin que dicha proposición formase parte de un plan general aprobado por las Naciones, para alcanzar el objeto común que tenemos en mira. Creo que nuestra posición, en lo que concierne á este punto, es absolutamente *lógica*. Como acaba de decirlo Mr. de Sainctelette, tenemos una circulación casi de 22 ó 22 ½ millones de libras esterlinas en piezas de oro de 10 chelines. Los otros países no están en estas circunstancias; en circulación de piezas análogas está muy lejos de ser tan considerable. Si la Gran Bretaña aceptase el plan propuesto, haría un sacrificio desproporcionado al que los demás se impondrían.»

La Alemania ofrecía, á lo sumo, demonetizar la pieza de 5 marcos, ante la Conferencia de 1881, porque casi no tiene empleo en la circulación y porque se ha acuñado en muy escasas proporciones; pero no hizo igual indicación respecto á la pieza de 10 marcos, comprendida en la proposición Moritz-Levy.

Por lo que toca á la Unión Bimetálica Internacional, la Inglaterra ha declarado cuantas veces ha sido necesario, no estar dispuesta á formar parte de ella, y se ha mostrado tan satisfecha de su régimen monetario, que á él ha atribuído la prosperidad que ha alcanzado en el presente siglo.

Con fecha reciente, el 28 de Febrero de 1893, Sir H. Meysey Thompson, miembro de la Cámara de los Comunes, presentaba una proposición que tenía por objeto el que el Gobierno de su Majestad hiciese uso de su influencia para procurar una nueva reunión de la Conferencia Monetaria de Bruselas; y con este motivo, Mr. Gladstone, Jefe del Gabinete Británico, respondía categóricamente, apoyado por su mayoría parlamentaria: «El Gobierno Inglés no hará nada para procurar una nueva reunión de la Conferencia,» y en seguida hacía notar que la rehabilitación de la plata sería un regalo que los ingleses acreedores del mundo, harían á sus deudores. «Ellos, decía, acogerán con gratitud un regalo

de 50 ó 100 millones de libras, si estuviésemos dispuestos á hacerlo; pero, rindiendo homenaje á nuestra generosidad, pondrían en duda nuestra sabiduría.»

La Alemania no ha sido inspirada por un egoísmo nacional como la Inglaterra; pero en 1881 y 1892, ha expuesto que, aunque deseosa de la rehabilitación de la plata, no modificaría su actual sistema monetario con tan reciente fecha introducido, merced á grandes esfuerzos.

Ahora bien, enfrente de esta actitud de los países monometalistas-oro? nada toca por hacer á las Naciones que conservan la plata en su circulación y que no podrán privarse de ella sino en cambio de grandes sacrificios: ¿deberán dejar impasibles que el problema por sí solo se resuelva, y esperar que la recrudescencia de los males que la depreciación de la plata ocasiona, obliguen á sus enemigos á modificar sus opiniones y sus propósitos? Yo creo que esta política sería por extremo inconveniente y que el esfuerzo común de las Naciones Americanas y Asiáticas debe encaminarse á la defensa de sus propios intereses; más aún, que no es del todo difícil hallar medios apropiados, ora para acrecentar el mal social, apresurando así su término, ya para ejercer una cierta presión que estimule á las Naciones Europeas á prescindir de su actual política monetaria.

Los estudios profundos que del fenómeno de la depreciación de la plata se han hecho en ambos continentes, han permitido recoger útiles enseñanzas y estimar en lo que son los efectos producidos sobre la producción y la circulación de las riquezas, y de allí, sin duda alguna, han de brotar los remedios que preferentemente deban emplearse con el objeto de hacerse menos precaria la suerte de las Naciones Americanas y Asiáticas y, si posible fuere, de agravar las circunstancias en que hoy se encuentra la Europa comercial.

Nada ha sido tan seriamente afectado por la baja en oro del precio de la plata que el comercio internacional que sostienen entre sí las Naciones que tienen en circulación diverso numerario metálico. Las constantes y bruscas fluctuaciones del cambio, han convertido las operaciones comer-

ciales en un juego de azar, y esto y la baja constante del valor del metal blanco, han disminuído el poder consumidor de los países-plata.

Las fluctuaciones del cambio entre países que tienen distintos sistemas monetarios, y que han llegado á tener lugar aun en el transcurso de un sólo día, han evitado al comercio hacer todo cálculo ó toda previsión que los asegure contra pérdidas futuras, y esto ha producido que las operaciones que antes se hacían á plazo, se hagan hoy al contado y que el comerciante disminuya el número é importancia de sus transacciones.

La baja del precio de la plata ha hecho que los países que aún la emplean como moneda, compren hoy á precios más elevados las mercancías que han menester para su consumo, y en consecuencia, ó han dado mayor cantidad de plata para obtener las mismas mercancías que antes, ó han tenido que limitar sus operaciones dando ahora igual cantidad de metal. Lo primero, lo han hecho las Naciones americanas ó asiáticas en épocas en que la construcción de ferrocarriles ú otras obras de utilidad pública, han provocado la afluencia de una gran masa de capitales extranjeros; lo segundo, es lo que hacen en las circunstancias actuales, porque aquel movimiento se ha paralizado, y porque no pueden aumentar la cantidad de sus saldos internacionales.

La diferencia de los precios de las mercancías entre los países oro y los países plata, ha producido, pues, el efecto de una elevación de las tarifas arancelarias, de un acrecentamiento de producción, y en esta virtud ha traído consigo la depresión del tráfico comercial.

Las exportaciones de los países monometalistas-oro han disminuído, causando serios y muy graves perjuicios á la producción y, á su vez, se han aminorado los consumos de las Naciones que hacen uso de la plata, y esto daña á los Gobiernos que ven disminuir sus rentas incesantemente, y á los consumidores que se privan de la satisfacción de sus necesidades.

La depreciación de la plata ha trastornado, pues, las relaciones comerciales del mundo entero, ha detenido el arran-

que poderoso que la producción agrícola é industrial había alcanzado hasta 1873, ha aumentado artificialmente las exportaciones de los países americanos y asiáticos, como lo hubiera podido hacer el empleo del sistema proteccionista, ha disminuído las exportaciones de las Naciones Europeas, cerrándoles los mercados de consumo y todo esto ha creado los mayores embarazos: en unos países, baja de los precios en oro, en otros, alza de los precios en plata de los artículos extranjeros importados y de los nacionales exportables; y en todos, ruina, miseria y malestar social.

Pues bien, prescindiendo de las discusiones teóricas, en ese terreno meramente práctico, debe buscarse la solución del problema monetario, y todos los esfuerzos deben tener por mira hacer más y más angustiosa la situación del productor europeo, y mejorar en cuanto sea posible la del consumidor de los países plata.

La «Gold and Silver Commission» inglesa, decía en su Informe Final, después de estudiar los males que han resultado de las fluctuaciones en el valor relativo de ambos metales: «Todo aquello que tiende á coartar la completa libertad en las relaciones entre dos países cualesquiera, é imponga sobre ellas cualquier gravamen adicional, es indudablemente un mal que se debe procurar evitar ó eliminar completamente, si fuere posible. Si, en consecuencia, pudiera señalarse un árbitro para alcanzar tal fin, sin correr el riesgo de suscitar otros inconvenientes, no habría quien opinase que no debiera ser desde luego aplicado.»

Inspirándose en estos sabios principios, las Naciones que hacen uso de la plata, deben procurar limitar sus relaciones comerciales con los países-oro, al grado de no comprarles sino lo estrictamente necesario para su consumo, y siempre que éste no pueda ser satisfecho con productos de las otras naciones, y asegurar por medio de tratados comerciales, que todo su tráfico se haga preferentemente con países que tengan la misma moneda en circulación.

Pero, ¿cómo llegar á este benéfico resultado?

Si los Estados Unidos, cuyas industrias están en aptitud

de proporcionar al Asia y á la América latina todos los productos manufacturados de que tienen necesidad y que la Europ produce, adoptasen la libre acuñación de la plata ó recibiesen sus monedas de plata de acuerdo con una par fijada de antemano, la Unión Aduanera de estos países, organizada con franquicias especiales, apoyada en una disminución de derechos arancelarios de importación, podría funcionar satisfactoriamente, se evitarían al comercio los efectos de las bruscas fluctuaciones del cambio, se aumentarían de una manera extraordinaria los consumos, y los países-oro verían reducirse considerablemente sus exportaciones y su producción sufriría crisis violentísima.

El procedimiento que ha de emplearse, se inspira precisamente en los mismos efectos que la depreciación de la plata ha producido; pero tiene por objeto exagerarlos, porque de su exageración depende el que más pronto se reconozca que, excepción hecha de los que especulan con la baja del precio del metal y con la apreciación del oro, todos son más ó menos afectados, productores y consumidores, por la intensa crisis comercial.

Si la Unión Aduanera de la América y el Asia se realizara, aceptando los Estados Unidos la libre acuñación de la plata, el consumo que hacen estos países de productos europeos cesaría en una gran parte, y la poderosa industria europea se vería amenazada de inminente peligro, porque la baja de los precios, que sería su inmediata consecuencia, ahogaría la producción, é innumerables fábricas tendrían que cerrarse, víctimas de la concurrencia americana.

El sistema puede contener en germen algunos peligros serios; su ejecución está, sin duda, rodeada de dificultades que será necesario vencer; pero su aplicación apresuraría la solución del problema monetario; porque entonces él afectaría, más que ahora, los más grandes intereses de las Naciones Europeas, y ya no sería posible desentenderse de ellos.

La cuestión de la plata puede, pues, resolverse en el terreno meramente comercial, y la unión de los países Americanos y Asiáticos puede contribuir á ello poderosamente.

El principio exige una demostración, pero es fácil de llegar á ella.

Si las exportaciones de las Naciones que han tenido el oro como moneda, han disminuído á partir de 1873 ó, cuando menos, no han continuado con el acrecentamiento progresivo que antes de esa fecha se hacía notar, es indudable la existencia de una crisis comercial cuya exageración conviene provocar.

Si es cierto que á la par que este fenómeno se ha verificado, las exportaciones de los países que han conservado la plata como único agente monetario en la circulación, se han aumentado de una manera sensible, se podrá concluir rectamente que hay una causa que obrando inversamente sobre unos y otros países, ha producido aquellos efectos.

Si el comercio de los países—plata entre sí se ha desarrollado, y se ha aminorado el que antes sostenían con las Naciones de diverso numerario metálico, se habrá demostrado, en fin, que la depreciación de la plata ha ocasionado gran revolución comercial y que su arreglo, ó solución, restablecerá el imperio de las leyes monetarias y con ellas, y bajo su influencia, la producción de la riqueza volverá á adquirir el movimiento progresivo, hoy paralizado, y el comercio se repartirá de acuerdo con las necesidades que impone la civilización.

Ahora bien, la Unión Aduanera de la América y del Asia, formada contra los países de numerario de oro, tenderá á producir una baja mayor del monto de las exportaciones de dichos países, y una alza considerable en las exportaciones de las Naciones de moneda de plata; estimulará el desarrollo entre ellas, de más frecuentes y más importantes relaciones comerciales, y, al producir los mismos efectos que la depreciación del metal blanco, acercará el día en que se restablezca la paz económica entre la América, la Europa y el Asia.

Si es conveniente eliminar todo lo que coarta la libertad de cambio, como decía la Comisión Inglesa, debe adoptarse un medio llamado á producir tan útil resultado. Conságrese, pues, la Unión Aduanera. A ello nos invitan nuestros comunes intereses.

CAPITULO II.

EL COMERCIO INTERNACIONAL.

Es imposible negar la existencia de una intensa crisis comercial, á partir del año de 1873. Los precios en oro de todo género de mercancías han bajado de una manera sensible; la producción industrial ha sufrido una considerable reducción, ó se ha paralizado casi por completo; los salarios han disminuído, sin que el aumento de su poder de adquisición haya compensado la baja que han tenido que sufrir; las relaciones comerciales de los diversos países entre sí, han experimentado una perturbación profunda; y la riqueza general del mundo ha tenido que resentir una depreciación considerable.

Ahora bien, ¿cómo hacer ver la importancia que la crisis ha llegado á alcanzar, ó sea la intensidad con que se ha hecho sentir en las principales Naciones comerciales de Europa y América?

La imperfección de las Estadísticas de la producción y la dificultad de procurárselas impiden, sin duda alguna, llevar á término un estudio tan concienzudo y completo como sería de desearse; pero á falta de ellas, el análisis cuidadoso de las exportaciones de mercancías hechas á países extranjeros, pondrán de manifiesto el éxito que han obtenido los industriales y los agricultores en la gran concurrencia que las Naciones se hacen entre sí.

Es indudable que, limitando tan sólo el análisis á las cifras de las exportaciones, dejará de tomarse en cuenta la parte de la producción nacional que cada país destina á su propio consumo, la cual en ningún caso puede ser insignificante ó despreciable; pero es indiscutible, que si es signo evidente del progreso de un país el aumento constante de sus exportaciones, la disminución de éstas habrá de dar una idea justa de los obstáculos con que luchan la producción agrícola y la industrial.

El examen del comercio internacional ofrece dos hechos